Txuspo Poyo

‘Celuloides’

BizBAK, hasta el 27 de abril

Jaime Cuenca

EL edificio diseñado por Álvaro Siza que se alza en Abandoibarra centraliza desde hace ya más de un año la oferta cultural del Campus de Bizkaia de la UPV bajo el nombre de BizBAK (Bizkaia Bilbao Arte eta Kultura). Hasta finales de abril puede verse allí, por primera vez al completo, la muestra *Celuloides*, de Txuspo Poyo (Alsasua, 1963), que recoge los trabajos realizados por el artista en Nueva York entre 1993 y 1996. Se trata de un conjunto de piezas compuestas, sobre todo, por tiras de celuloide que se entrecruzan unas con otras. Resultan de esta urdimbre unos rectángulos a manera de tapices plásticos de efectos que oscilan entre la ornamentación geométrica, la gradación de color y el mosaico. Los rollos de celuloide hallados que utiliza Poyo se subordinan en un primer vistazo a esta impresión estética general, tendente a la abstracción, pero de cerca revelan los fotogramas que los recorren, mostrando una figuración minúscula que aporta nuevas capas de sentido a la pieza. *The Endless* (1994), por ejemplo, reúne diferentes versiones del obligado aviso de “The End” que marca el final de una película, permitiendo al receptor jugar con la posibilidad de adivinar el género de la cinta a través de la tipografía. Varias de las obras introducen otros materiales que añaden otros colores y texturas a los del celuloide, aunque sin renunciar en ocasiones al juego metalingüístico (como en las cintas policiales de *Caution* (1993) que conocemos precisamente por el cine). Unos ejercicios que nos recuerdan la materialidad de las condiciones de la imagen en tiempos de su disolución digital.

Txuspo Poyo reutiliza rollos encontrados de celuloide

Ángel Garraza

Párpado del barro

Espacio Marzana, hasta el 4 de mayo

“EL hombre tierra fue, vasija, párpado del barro trémulo…”. Así los versos que escribe Neruda en el inicio de su Canto general, donde parte del barro originario para narrar la épica del hombre sobre la tierra americana. Es esta una metáfora antigua a la que hace justicia la obra de Ángel Garraza (Allo, 1950): el hombre, incluso etimológicamente (*homo-humus*), es barro primordial; tierra vivificada por un espíritu que ilumina sus entrañas y la exalta desde su inercia mineral a los éxtasis de la pasión y el pensamiento. Ángel Garraza modela en arcilla esquemáticos perfiles de un rostro humano y los siembra de formas orgánicas que se abren como bocas, como párpados de barro trémulo. En estas oberturas aparece una tierra de otro color, o bien la luz que desprende el interior de la pieza. Se desmiente así la tozuda opacidad de la materia, atravesada aquí de una liviandad que la abre a la acogida de lo otro, condición de la vida y del espíritu. Todo cuanto merece la pena se instala en nuestras oquedades como un parásito sublime: la pasión y el pensamiento que nos hacen humanos no son sino esa vida de lo(s) otro(s) en nosotros mismos. Este mutuo habitarnos los unos a los otros es lo que nos constituye.

Garraza modela perfiles de un rostro humano

Iñaki de la Fuente

Ascesis cromática

Windsor, hasta el 13 de mayo

LA ascesis es una de las estrategias más contradictorias que están a disposición del artista plástico. Por medio de la sustracción de elementos se busca la suma de efectos o significados; por medio de la renuncia en alguna de las dimensiones que constituyen la obra se pretende una recompensa, una sobreabundancia. Conviene tener presentes las prevenciones de Nietzsche contra la exhibición de la ascesis, para no olvidar la búsqueda de poderío que esconde una aparente humildad en los medios. Iñaki de la Fuente (Bilbao, 1954) da en la muestra que puede verse en Windsor un paso ascético. Si su obra anterior se caracterizaba en buena parte por un uso intensivo de contrastes y armonías de color, aquí la paleta se reduce a la mínima expresión. A decir verdad, no es sólo una renuncia al color lo que se presenta, sino una drástica reducción del espectro lumínico que queda plasmado en el lienzo. Una sombra de intensidad cambiante se expande por las superficies de todos los cuadros. De ella emergen figuras no menos oscuras, que toman cuerpo como en un caprichoso juego de condensación y rarefacción. La luz reaparece por oposición a las concentraciones de sombra, con los mínimos medios.

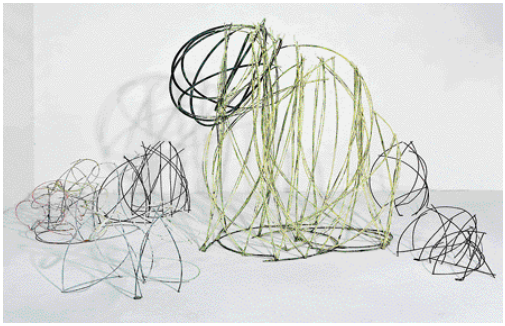
Iñaki de la Fuente reduce el espectro lumínico de su obra

José Zugasti

Escultura de trazos

Vanguardia, hasta el 4 de mayo

JOSÉ Zugasti (Eibar, 1952) es un artista conocido para la mayoría de los bilbainos, aunque muchos quizá no sean conscientes. Su obra *A la deriva*, compuesta por 42 tubos curvados de acero, se yergue entre la Ría y el palacio Euskalduna desde 2003 en el paseo de Abandoibarra y, en palabras del propio autor, “una metáfora del desgaste humano y social”. Se trata de una exploración formal del espacio a través de la confrontación de livianos volúmenes octogonales y circulares, que se engarzan y enfrentan. Este mismo contraste puede contemplarse en ejercicio en varias de las piezas que se exponen en la galería Vanguardia. La formación (y autocomprensión) como pintor de Zugasti hace que la línea cobre una importancia fundamental en su obra. Sus piezas son dibujos en el espacio, estudios de la tridimensionalidad que escapan a la pesantez del volumen y apenas condescienden a la materia. En manos de Zugasti la escultura deviene trazo, garabato casi, abdicando de su condición corpórea y acogiéndose a una especie de grafo que se da en el aire y a él se debe. En ocasiones aparece un sutil uso del color, lo que confirma la traslación de recursos pictóricos al quehacer del escultor. Una obra que refuta la división de los medios. *Fruto Terrenal* es la quinta exposición individual del artista en Vanguardia.



En manos de Zugasti la escultura deviene trazo